

tristece y le cansa, y él vuelve á abrazarse con ímpetu á la vida; se lanza en el bullicio de los solaces infantiles; pero no le satisfacen y se entrega con pasión al estudio; intranquilo, lo abandona y busca el reposo del espíritu en las fatigas exageradas del cuerpo; su mundo fantástico se le mezcla en la mente con el real, y le asaltan en las tinieblas repentinos pavores que habían cesado hacía tiempo; terrores religiosos despertados de improviso; luego rigores feroces que le arman la mano contra animales inocentes, y ardimientos insensatos que lo empujan al borde de los tejados y á las copas de los árboles; luego melancollas profundas que le hacen buscar los brazos de la madre y derramar en su seno lágrimas ardientes y tranquilizadoras.

La excesiva timidez de muchos jóvenes de esa edad procede precisamente de que tienen en sí todo ese tumulto de pensamientos y de afectos y quieren mantenerlo oculto y siempre están temiendo que otro lo descubra y les considere más niños de lo que son en realidad; ellos mismos creen que eso sea un resto de puerilidad y se avergüenzan, cuando no es otra cosa sino el primer destello de la juventud que los fecunda y los transforma.

VI

Furio se encontraba precisamente en esta época de su vida, y ardiente y tierno por naturaleza, sentía más que otro alguno sus inquietudes. Pero no tenía madre, cuando la habría necesitado más que nadie, y su padre poco ó nada significaba para él. El buen señor no le comprendía; le juzgaba un chiquillo mal criado. Conociendo desde los primeros años de la escuela que no tenía la vocación y naturaleza de un burócrata,

ni de un banquero, ni de un contratista de vías férreas, y persuadido de que fuera de esto no había salvación, dijo para sí: «Hará lo que pueda,» y le abandonó á su destino para concentrar todos sus afectos y todos sus cuidados en el hermano mayor, hijo de su primera mujer, ingeniero y sobre poco más ó menos su fiel trasunto. A cuantos le preguntaban qué resultado tenía en sus estudios el muchacho, les contestaba en tono indiferente y compasivo y agitando la mano abierta delante de la frente: «Es una cabeza un poco... vaga, propende á lo vago, no se fija en las cosas, no las profundiza...» Y no le quería; era una criatura que se le parecía muy poco, y creía sinceramente que desmerecía de su prosapia. Sin embargo, Furio no carecía de talento; lo tenía, pero no lo echaban de ver en la escuela, y además no había quien le animase á estudiar. En su casa todos sus arranques de cariño y todas sus salidas fantásticas las tomaban, desde los primeros años, más bien como indicios de vocación dramática ó de instintiva tosquedad — estaban inciertos entre las dos, — que como manifestaciones de buen corazón y de ingenio. La tía le había tenido siempre por estúpido, y como él, humillado y atormentado de continuo, no la quería, antes bien la tenía tirria y se la daba á conocer claramente, ella le creía además estúpido, y exasperándose cada vez más, lo exasperaba sin tregua. Para quien lo hubiese sabido comprender y amar, Furio habría sido un muchacho excelente; mas para aquellos dos viejos rígidos y fríos era lo que para la gente ignorante son ciertos jeroglíficos orientales, que encierran una hermosa sentencia y los toman por garabatos de chiquillos.

Tenía una estatura superior á su edad; mas aunque á primera vista se le supusieran dos ó tres años más de los que en realidad tenía, quien se fijase en sus facciones veía que era

aún un muchacho. Con otros parientes habría parecido guapo, no porque no lo fuese; pero habiendo crecido bajo la dura persecución de la tía, adquirió poco á poco cierto aire obscuro y suspicaz que le sentaba mal. Parecía que estaba siempre meditando alguna picardía. El sol del campo le había tostado el cutis como á un soldado. Era delgado, pero vigoroso y un poco encorvado por efecto de ese enflaquecimiento propio de los años de gran crecimiento. Tenía una cabellera espesa y despeinada que le caía sobre la frente y que echaba atrás sacudiendo violentamente la cabeza como un caballo sacude sus crines. Y cuando no sentía el despecho ó la amargura de alguna furiosa reprimenda de la tía, brillaban sus ojos llenos de dulzura y abría los labios gruesos y encarnados con una sonrisa entre afectuosa y melancólica, que resaltaba plácidamente en aquella fisonomía, doliente y casi tosca. Sus manos eran grandes y casi siempre las escondía; se avergonzaba de su modo de vestir, pues no sabía ponerse nada y la ropa se le arrugaba y se le escapaba por todas partes.

VII

Furio, cediendo á los reiterados ruegos de Cándida, consintió en ir á almorzar con los demás. «¡Ánimo, Furio!, le decía la hermana por el camino y acariciándole; enjúgate bien los ojos para que no conozcan que has llorado; no te preocupes por la cuñada, que es una mujer á la buena de Dios y te quiere, y tampoco hagas caso de la tía.» Pero Furio, á medida que se acercaban á la casa, se sentía desfallecer como si lo llevasen al tormento. Cuando entró, ya estaban todos sentados á la mesa; ocupó su puesto sin mirar á nadie y se puso á comer con los ojos bajos. Hablaban del hermanastro. Su padre inte-

rrogaba á Iris sobre cierto proyecto de puente que ella no había oído nombrar. La tía le preguntó cuándo llegaría su hermano, é Iris le contestó que dentro de tres días. Pasaron á tratar de otros asuntos, y la joven comenzó á hablar casi siempre sola. Furio, con los ojos fijos en el plato, no moviéndose sino lo necesario para comer, la escuchaba con toda atención y maravillado. Ella tenía un modo muy curioso de hablar. En ciertos momentos con una vocecita de niña, lenta y suave; en otros, de prisa y brevemente como un soldado; era un modo de conversar á saltos con mil variaciones de tono, ora alegre, ora serio, ora indolente, mezclando ciertas carcajadas repentinas y sonoras que no se sabía á qué venían, y ciertos ademanes, cierto modo de encoger los hombros, ciertas ligeras palmadas en la mesa; no parecía sino que tuviese azogue y le pasaran por la cabeza cien ideas en un minuto.

Cuando terminaba ya el almuerzo, Furio, un poco animado porque hasta entonces le habían dejado en paz, se atrevió á mirar á su cuñada. Empezó por tender la vista hasta mirarle las manos, que eran menudas y blancas como las de una niña; luego se fué envalentonando y levantó los ojos... ¡Cielos, qué ángel!

— No creía que estuviese ya tan crecido, dijo la señora.

Furio sintió un escalofrío y bajó la cabeza; todos los ojos, excepto los de Cándida, se fijaron en él.

— ¡Oh! En cuanto á alto, es muy alto, dijo el padre mirándolo con su aire de compasión.

— La mala hierba crece mucho, replicó la tía.

Furio se puso encarnado como una fresa.

— ¡Y qué moreno está!, observó Iris.

— ¿Moreno?, repuso la tía. ¡Negro como un beduino!

El padre se echó á reír: Cándida se levantó; Furio, arruga-

do el entrecejo y mordiéndose los labios, contemplaba los dientes de su tenedor.

— ¡Y mire usted qué manos!, añadió la tía cogiéndole una mano para enseñársela á Iris.

Furio se puso pálido, apretó el puño y lo levantó bruscamente.

— ¡Eh, eh!, gritó la tía alzando una mano.

Furio se tapó la cara con el brazo; la mano, contenida por Cándida, se bajó; y en esto se oyó fuera el ruido de un coche y el sonido de una voz.

— ¡Riconovaldo!, exclamó Iris, poniéndose en pie.

Riconovaldo había entrado ya en la sala, y todos, menos Cándida, corrieron á recibirle. La bella y serena fisonomía de aquel joven ejercía tal fascinación, que al verlo, hasta el padre y la tía, por lo general duros y fríos, no pudieron reprimir un movimiento de alegría. Iris le abrazó, y Furio, turbado todavía, le estrechó la mano.

— ¿Y Cándida?, preguntó el joven mirando alrededor.

Cándida se acercó lentamente y le tendió la mano con aire de indiferencia.

VIII

Furio no había visto nunca tan de cerca una señora tan hermosa; niñas sí, pero de paso, y además en un jovencito de su edad las niñas no causan gran impresión, porque aún no le parecen mujeres; en cambio, las damas tienen para él, además de toda la gracia femenina, algo de la fascinación de las reinas. Furio se paseaba por el jardín, pensativo. Tenía siempre delante aquel rostro y aquellos dos ojos grandes y celestiales que se habían encontrado con los suyos. «¡Qué hermosa seño-

ra!» decía á media voz con el tono de quien dirige un cumplimiento. Y luego reía y repetía las palabras y las entonaciones que tanto le habían impresionado, y exclamaba: «¡Curiosa!» Se agitaban las hojas y él creía sentir detrás el roce del vestido de Iris. Al salir de la quinta, había pasado junto á ella casi hasta tocarla, y percibió un ligero perfume y le parecía que este perfume le seguía y le acompañaba. Sentóse á la sombra de un árbol y dijo en voz baja casi sin notarlo: «Mamita...» De pronto se preguntó cómo se le había ocurrido esta palabra y se contestó á sí mismo: «¡Ah, sí!.., si fuese mi madre...» Se quedó un rato pensando, y se extrañó de encontrar tan poca satisfacción en esta idea, por más que Iris, que frisaba en los treinta años, hubiera podido ser madre suya, puesto que él sólo tenía catorce. Además pensaba cuán feliz sería si Iris le quisiera como un hermano; pero era imposible. «Si alguna vez la viese en peligro, dijo de pronto; si se cayese al lago (en el límite de la finca había un lago) y yo le salvase la vida!..» Luego se echó á reír y añadió: «Pero ¿por qué había de caerse al lago?» Pensaba como en una cosa extraña que Iris tenía marido, que este marido era su hermanastro, el cual no tenía nada de guapo. «¿La manda?» se preguntó á sí mismo con gran curiosidad. Y hacía comentarios sobre lo que se dirían cuando estaban solos, si el marido la acariciaba y entonces qué le decía ella. A su lado había una planta, alta y derecha, y el viento, ora la doblaba lentamente, ora la sacudía sin doblarla, de modo que parecía una persona inquieta. Furio la observó y dijo: «Se parece á Iris.» Luego echó á andar á gatas y se miró en la corriente de un arroyuelo que por allí pasaba. Levantó la cabeza, se miró una mano por la palma y por el dorso, y suspiró. De pronto se levantó y echó á correr por los campos.

IX

Iris y su hermano estaban en el comedor, solos: la primera, sentada junto á una ventana, de modo que desde el jardín se le veía la cabeza.

— ¡Qué rara es esa Cándida!, decía Riconovaldo; tiene algo de su tía: ¿has visto cómo me ha recibido? La misma escena que el año pasado.

— ¿Le has hecho algo?, le preguntó su hermana.

— Nada; pasé aquí diez días y no la hablé más que tres ó cuatro veces; se conoce que no le he caído en gracia.

— ¡No faltaría más!, contestó Iris sonriendo.

En esto entró Cándida con la labor en la mano y se sentó junto á Iris sin levantar los ojos. Ésta y su hermano cambiaron una mirada. El joven estaba en pie, apoyado en la mesa, á un paso de la silla de Cándida.

Riconovaldo le preguntó qué hacía, y ella, sin alzar la vista, le enseñó el bordado.

— ¿Pasa usted todo el día en casa?, le preguntó el joven después de echar una ojeada á la labor.

— Casi casi, contestó Cándida.

— Sin duda pasará usted por la tarde; el jardín es muy hermoso; ¿pasean ustedes todos juntos ó usted sola? Supongo que conocerán á algún vecino.

— Antes sí; ahora se han mudado casi todos y no conocemos á ninguno.

— ¿Y cómo pasan ustedes el día? Se ocupará usted mucho de las flores: he visto que la azotea estaba llena de ellas.

— Sí.

— Y en efecto, las flores...

Iris presumió que su hermano, mortificado por tanta frialdad, iba á soltar un cumplido de mal gusto, y lo contuvo con una mirada.

Entonces él cogió una banqueta, la puso delante de Cándida y se sentó de modo que su cabeza sobresalía un poco de las rodillas de la joven, la cual si aún podía no mirarlo, ya no podía dejar de verlo, porque tenía la frente á un palmo de sus manos. Cándida frunció levemente el ceño.

— Esta tarde nos acompañará usted á ver el jardín, ¿no es verdad?, preguntó el joven. Dará usted una vuelta con nosotros.

— Si así le parece...

— Y á usted, ¿no le parece bien?

Cándida no contestó.

— ¿Sí ó no?

— Sí.

Riconovaldo dirigió á su hermana una mirada que significaba: «¿Lo estás viendo? ¿No tenía yo razón en decir que no me podía ver?»

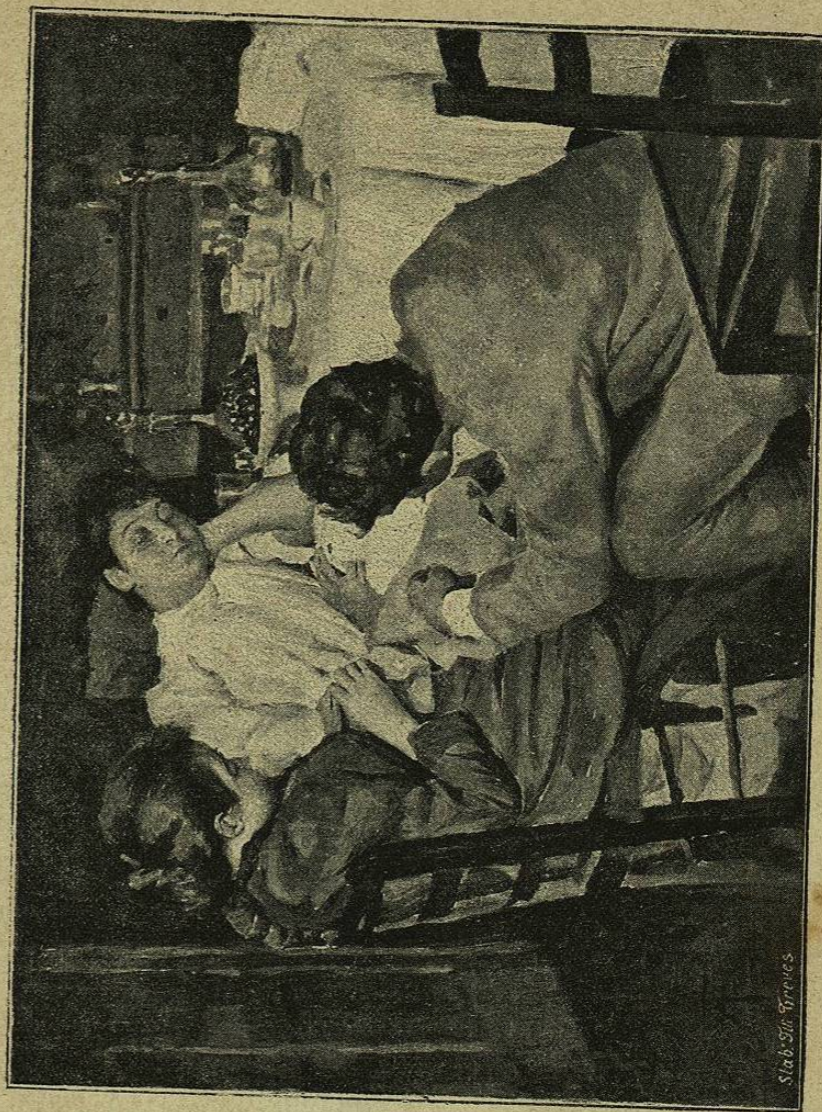
En seguida, fingiendo querer mirar el bordado, bajó la cabeza de modo que sus hermosos rizos rubios tocaron las manos de Cándida, la cual las retiró de pronto é hizo ademán de levantarse.

— ¿Se va usted?, le preguntó el joven atónito.

— No, contestó, quería solamente levantarme; y se volvió á sentar echando atrás la silla.

En aquel momento el aire se llevó el pañuelo de Iris que estaba en el antepecho de la ventana y lo empujó hasta el jardín; pero Iris no lo notó.

— ¿La molesto á usted, Cándida?, preguntó Riconovaldo con afectada dulzura.



Entonces él cogió una banqueta y se sentó de modo...

— ¿Por qué me ha de molestar?, contestó Cándida con tono distraído; cuando trabajo siempre estoy entretenida.

— Es que temía... ¿Le desagradaría que tocara el piano?

— No veo el motivo de que deba desagradarme.

— Es que yo desearía tener la seguridad de que le agrada.

— Pues bien, sí, me gusta.

El joven se levantó despechado, fué á sentarse al piano que estaba en un ángulo del comedor y se puso á tocar con mucha viveza y mucha gracia. Iris miraba á Cándida para ver si la música le producía algún efecto, pero su rostro estaba siempre impasible; seguía trabajando con la cabeza baja, sin parecer siquiera que escuchase. De pronto Riconovaldo cesó de tocar, dió un golpe de enojo en el teclado y se levantó exclamando: «Es una indignidad... este piano.»

— Con permiso, dijo entonces Cándida, y salió tan lenta y fríamente como había entrado.

El joven se quedó en medio de la habitación cruzado de brazos y mirando la puerta por donde Cándida había salido. Iris soltó una carcajada.

— La verdad es que no entiendo una palabra, le dijo su hermano.

Pero en seguida se le ocurrió una idea: «¡Si le pareceré estúpido!» Y se quedó pensativo; cuando se le metía en la cabeza esta sospecha, todo había acabado para él; perdía la serenidad.

— ¿Y mi pañuelo?, exclamó Iris mirando alrededor.

Asomóse á la ventana y miró fuera: ya no estaba.

X

Furio no volvió á casa hasta la hora de comer. La escena dolorosa ocurrida durante el almuerzo le había llenado de